

LA nena se acerca con su canasta de ventas por la vereda de enfrente, entonces cruzo rápidamente la calle e interceptando su camino le digo si quiere que la lleve a comer un chivito. Acepta de buen grado, pero sus ojos marrones demuestran cierta sorpresa. Lucía se llama y tiene diez años, cuatro hermanos menores que ella, una mamá y ya va por el tercer padrastro. En la escuela está en quinto y al trabajo lo hace en verano, cuando hay turistas en la playa o en el carnaval. Cuando termina la porción y pago, levanta la canasta y se va. Y yo, otra vez me quedo con la incógnita acerca de a qué mente obedecerá esta rara necesidad.

Y las murgas que ya están sonando me mueven a la evocación y mi pasado está volviendo a los tumbos con ritmo de carnaval; y mi mente, la mía, la que mi cuerpo reconoce, recuerda las charrascas, en medio de aquella incipiente urbanidad que imprimía su marca y como imán, iba atrayendo a la gente.

«Es que en mi pueblo el corso se prepara con antelación, los materiales, los adornos, los esqueletos para las carrozas y demás. Se cuenta con la colaboración de un tiempo ocioso y cuando va llegando febrero hay muchas expectativas porque si la cosa está bien hecha el pueblo saldrá en los diarios y vendrán rosarinos y gente de otros pueblos. Pagarán entrada y el club recaudará lo suficiente para solventar el fútbol, pagar las deudas y recomenzar el ciclo con la interrupción de un año, porque el próximo le toca al otro. Un código de convivencia.

Pero lo más interesante reside en ese teatro que se va preparando paulatinamente, que exhibe la crudeza de la impersonalidad y una violencia contenida que estalla, deviniendo una estética cuasi esperpéntica de la que la sensualidad no puede sustraerse. Así, la risa de las mascaritas comienza a hacerse oír cerca de las nueve de la noche; de a dos o tres van llegando y se va conformando una especie

de desfile repetitivo que delineará su circunferencia en el rectángulo especificado por las dos cuadras de extensión del corso. El palco central está armado desde un par de días antes justo frente al club. Enormes bocinas parlantes en cada ángulo del recinto garantizarán que la música y la presentación lleguen a los oídos de todos los espectadores y más allá todavía.

Los niños pequeños en brazos o de la mano de sus padres evidencian la extrañeza de los disfrazados que se multiplican en la parodia, se mezclan con los que sólo miran y visten de civil al tiempo que los de antifaces desatan una ola de cachiporrazos que impactarán en el suelo y en las cabezas y cuerpos de los *voyeurs*. Ahora muchachones exaltados derrochan agua y harina rancia en arregladas cabbelleras femeninas que se vuelven engrudo, un pastiche, una especie de cubierta dura y olorosa por la sustitución carnavalesca.

Cuando llegan las diez, el desfile de carrozas inicia una competencia de resolución diferida hasta la noche final, en la que se elegirá también la reina del carnaval.

Algunos disfraces están contruidos con una dedicación y suntuosidad que no siempre se condice con la posición social, ostentando lo que se quiso tener y no se pudo. Otros son sólo despojos del pasado en los que parches y agujeros impostados sobredimensionan la pobreza o la decrepitud, metaforizando la vida misma. En mi cuadra, por la que pasa el corso, la gente ha sacado las sillas a la puerta porque las casas se llenan de parientes y amigos que llegan antes de que se cierre la calle y antes de que se coloque la boletería. Mi madre no es la excepción y yo, que ya sé contar, tengo una lista como de dieciséis personas que tomarán *vermouth* con una picada de queso, salame y aceitunas. La actividad inusitada en la cocina y las idas y venidas al almacén dan forma a estos días locos en que la habitual tristeza de mi hogar también se coloca un antifaz. A mí lo que más me gusta del corso es espiar desde la puerta a los pibes de la murga que antes de su espectáculo deambulan por la calle exhibiendo una belleza singular.